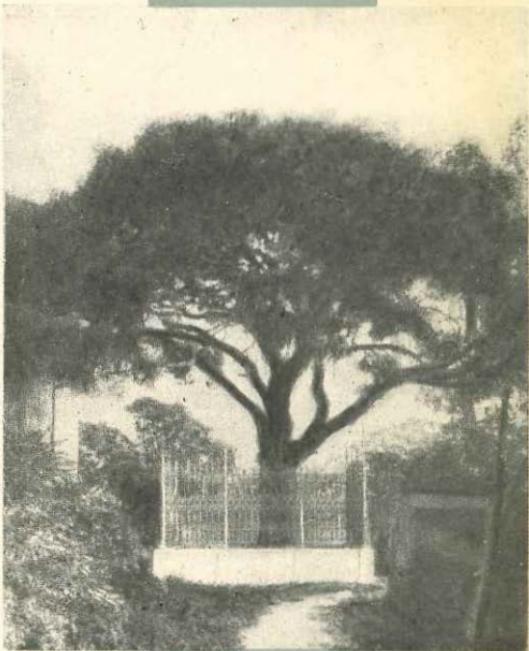


Guia
DE ORIENTACION
Y REFERENCIAS
CULTURALES

Guia
16388-13/62
Guia



ARBOLES HISTORICOS

125 x 123

DIRECCION GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Ministerio de
Educación y
Justicia*

D

ESDE muy antiguo el árbol está ligado a la vida espiritual del hombre, a sus tradiciones y costumbres. Su significado varía de acuerdo con la cultura dominante en cada pueblo o cada época. Unas veces surge como símbolo de superstición y otras como símbolo de sentimientos éticos o religiosos. Ha sido fuente inagotable de inspiración no solamente para poetas, pintores y músicos, sino también para fabulistas morales y pedagogos.

Plutarco honró la memoria de Virgilio plantando un laurel junto a su tumba. Y la muerte de Musset se nos aparece asociada siempre al sauce que Ascasubi colocó frente a su sepulcro.

“A la sombra de un pino añojo que todavía se conserva en el huerto de San Lorenzo, firmó —dice Mitre refiriéndose al Libertador— el parte de la victoria”.

El árbol perdura como emblema de paz. Cuando lo relacionamos con hechos sobresalientes de la nacionalidad, asume un poco la presencia de la Patria.

Si, como dijo Plinio, el primer altar que levantó el hombre fué el árbol, éste sigue constituyendo, a través de los siglos, un refugio de meditación —y hasta de inspiración podríamos decir— para las grandes decisiones. Así como Luis XI administraba justicia bajo un roble, las crónicas de la conquista refieren que a la sombra de un algarrobo cercano al Riachuelo, solían realizar sus se-

“Los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos”.

(AVELLANEDA)

siones los cabildantes. Al ya citado pino de San Lorenzo, asociado a la veneración sanmartiniana, nuestra historia agrega el ombú, desde cuya vera el coronel César Díaz dirigió los movimientos de su división en Caseros; el tala junto al cual Liniers desembarcó en 1806 para reunir sus tropas y hacer frente al invasor; el tarco —llamado “árbol de la libertad” por Fray Cayetano Rodríguez— que existió en la hoy ciudad de Tucumán; el naranjo plantado en la Casa de Ejercicios —sita en las calles Independencia y Salta — por la ilustre misionera Sor María de la Paz y Figueroa; el ombú de San Isidro — llamado “de la esperanza” — junto al cual San Martín, Pueyrredón y Guido planearon la hazaña de nuestra independencia; la Alameda plantada por el Libertador en Mendoza; el olmo sobre el río Salado, que cobijó bajo sus ramas al “más ilustre de los argentinos contemporáneos, el Gral. Don Bartolomé Mitre”, como reza en la placa mandada colocar por D. Benjamín Sáenz Valiente; el algarrobo junto al cual descansó el General Paz en Anizacate (Córdoba); el aroma —llamado “aromo del perdón”— que en Palermo adquirió popularidad en los tiempos de Rosas, porque a su sombra y a pedido de su hija Manuelita, el Restaurador indultó a numerosos presos políticos; el cebil ubicado en Salta, a cuyo pie expiró el General Güemes, y otros tantos que han desaparecido por diferentes causas, como dice Udaondo, o de los que no se conserva una cabal memoria. De ahí que sean muy pocos los árboles que hasta ahora han merecido el reconocimiento oficial de históricos.

Así como los dioses griegos tenían su árbol predilecto, los pueblos tienen también el suyo. Nosotros adop-

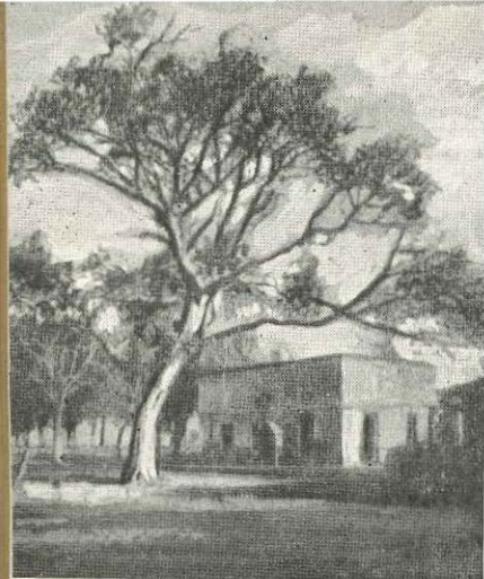
tamos el ceibo, cuya flor fué declarada nacional por decreto N° 138.974 del 23 de diciembre de 1942.

Vinculada a una leyenda indígena —el sacrificio de la India Anahí, que condenada a morir en la hoguera se convierte en flor— el ceibo representa el alma indestructible de la argentinidad.

La festividad del árbol, que se celebra el 11 de setiembre, está dedicada a exaltar la memoria de quien —junto a ilustres figuras como Belgrano, Rivadavia, Avellaneda, Lavalle, Pueyrredón, San Francisco Solano, Altolaguirre, Vieytes, Basavilbaso, el Obispo Colombres, Narciso de Laprida, Urquiza, Roca, etc.—, fué uno de los más grandes propulsores de nuestra arboricultura: Domingo Faustino Sarmiento.

Damos a continuación la nómina de los árboles que en virtud de haber sido declarados históricos por el Poder Ejecutivo Nacional, se encuentran bajo la tutela de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, de conformidad con la ley 12.665. Los datos que se consignan, han sido documentados en su mayor parte por la citada Comisión y complementados con los recogidos por Dn. Enrique Udaondo en su libro “Arboles históricos de la República Argentina”.

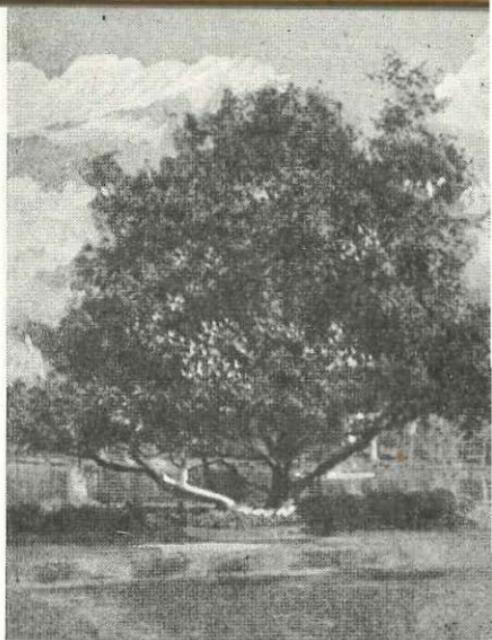
Se incluye al final una breve recopilación de poesías referentes al árbol, para cuya selección se ha considerado la circulación que ha de tener esta guía en los ambientes escolares.



PACARÁ DE SEGUROLA

Se levanta en la plazoleta construída al efecto en la intersección de las calles Puán y Gregorio de Laferrere (Parque Chacabuco). A su sombra el deán Dr. Saturnino Segurola aplicaba a los niños del lugar la vacuna anti-variólica, que mantuvo con su peculio durante más de 20 años.

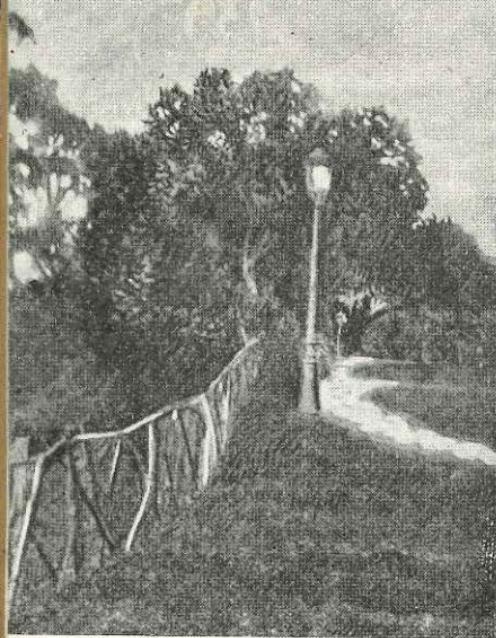
Al morir este ilustre sacerdote —considerado el primer apóstol en nuestro país de la propagación de la vacuna— dijo el General Mitre refiriéndose a sus sobresalientes méritos: “en cualquier parte del mundo donde hubiese existido un hombre como él, el pueblo, agradecido a sus beneficios, le levantaría estatuas”. (El Pacará fué declarado histórico por Decreto N° 2.232 del 4 de junio de 1946).



MAGNOLIA DE AVELLANEDA

FUE plantado el 11 de noviembre de 1875 por el entonces presidente de la República, doctor Nicolás Avellaneda, con motivo de la inauguración del parque 3 de Febrero. La ceremonia contó con numerosos asistentes, entre los que se destacaba la figura de Don Domingo Faustino Sarmiento.

No es éste, por cierto, el único árbol que plantó Avellaneda durante su presidencia —entre los que adornan el paseo de la Recoleta, figura un hermoso ejemplar de palmera obsequiado y plantado por él—; pero la importancia del acto que lo motivó —la inauguración de uno de los más populares y tradicionales lugares de Buenos Aires— asigna particular significación a la Magnolia declarada histórica por decreto N° 2.232 del 4/6/46.

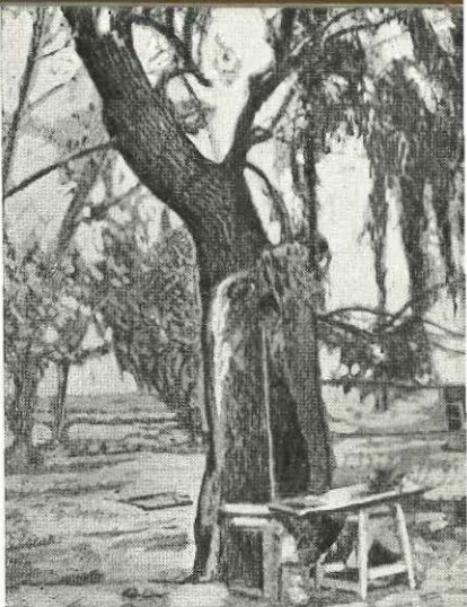


ALGARROBO DE PUEYRREDON

“**E**n una noche solemne de nuestra leyenda patria” —como dice don Nicolás Granada—, San Martín se albergó bajo este viejo algarrobo para conferiar con Pueyrredón sobre la campaña libertadora. Mucho antes había estado allí, para conversar con Soler y otros patriotas.

Se conserva en la quinta de los descendientes de Pueyrredón, situada sobre la barranca de San Isidro. Como testigo mudo de tantos trascendentales episodios de nuestra historia, ha inspirado una hermosa pieza escénica a la ilustre escritora argentina doña Victoria Ocampo.

(Fué declarado histórico por decreto N° 2.232 del 4 de junio de 1946).



SAUCE DE "EL PLUMERILLO"

EN el sitio conocido por El Plumerillo (Mendoza), como se lo designaba popularmente por la abundancia con que allí crecía una planta parecida a un plumerio, se conserva este venerable sauce que "dió sombra en los años 1814-17 a los generales San Martín y O'Higgins". Es uno de los más antiguos que se conservan en el país, y está vinculado a la célebre campaña de la Independencia a través de aquellos próceres que junto a él solían mantener largas pláticas después de la derrota de Rancagua. (El campamento El Plumerillo fué declarado histórico por decreto N° 107.512 del 6 de diciembre de 1941, y el sauce por decreto N° 2.232 del 4/6/46).



EUCALIPTUS GLOBULUS

ESTE ejemplar se halla en la Quinta Lanusse, situada en Punta Chica, Partido de San Fernando (Provincia de Buenos Aires). Proviene de las primeras semillas de esa variedad introducidas en el país por Don Domingo Faustino Sarmiento en 1858, según ha quedado demostrado por los estudios técnicos e históricos realizados por especialistas en la materia.

En mérito de tratarse de una planta centenaria, ligada al recuerdo del ilustre sanjuanino, que dedicó muchos de sus mejores afanes al desarrollo de nuestra vida forestal, el Poder Ejecutivo lo declaró histórico por Decreto N° 5.623 del 10 de setiembre de 1958.

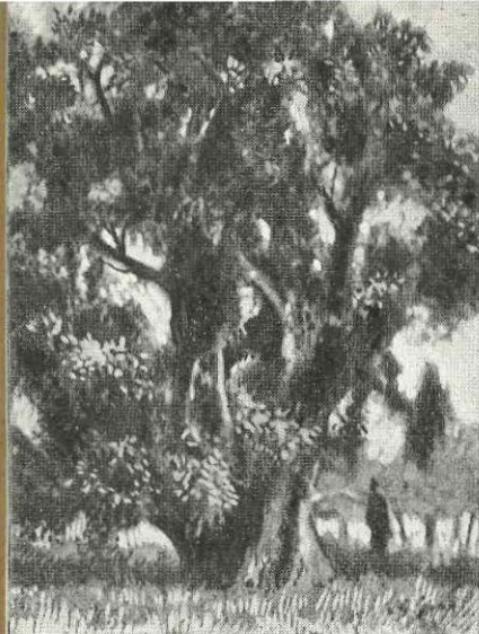


Foto: ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION

AGUARIBAY (Instituto Bernasconi)

EJEMPLAR existente en el terreno del Instituto Bernasconi, dependiente del Consejo Nacional de Educación, sito en la calle Pedro Echagüe nº 2750 (Parque de los Patricios). Fué plantado por el Perito doctor Francisco P. Moreno, héroe civil de la Patagonia, explorador, descubridor, abnegado servidor de la patria y propulsor de la cultura.

Esta circunstancia determinó que se lo declarara histórico por Decreto N° 3.369 del 23 de julio de 1943.



OLIVO DE ARAUCO

EN el Departamento de Arauco (La Rioja), lindando con la Provincia de Catamarca, se conserva este viejo Olivo plantado en tiempos de la colonia. El incremento de la industria olivarera en esta región, despertó los celos de la Metrópoli y por una Real Orden del Siglo XVII se dispuso la destrucción de todos los olivos existentes en la zona. Circunstancia fortuita hizo que se salvara de la destrucción aquel ejemplar centenario. (Fué declarado histórico por decreto N° 2.232 del 4 de junio de 1946).

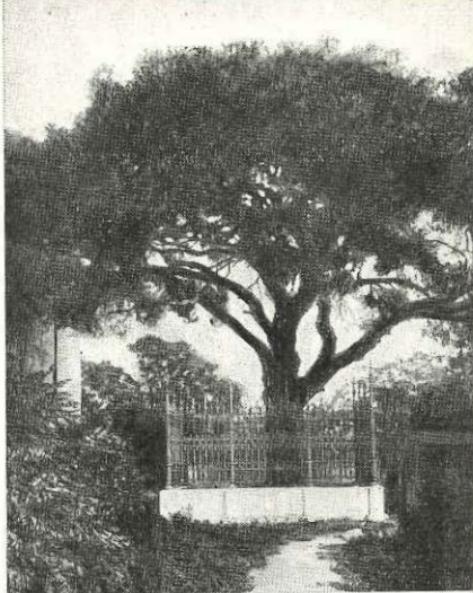


Foto: ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION

PINO DE SAN LORENZO

ESTÁ ubicado en San Lorenzo (Prov. de Santa Fe), en el parque que circunda el antiguo convento de Misioneros franciscanos establecidos allí a fines del siglo XVIII. Es el árbol histórico que goza de mayor popularidad en nuestro país, por estar vinculado a la memoria del ilustre General Don José de San Martín, y al combate librado el 3 de febrero de 1813 contra las fuerzas realistas, que marca una etapa decisiva en la campaña de la Independencia.

Presúmese que lo plantaron los jesuítas.

Retojos de este pino crecen hoy en distintos lugares de la República, como símbolo de homenaje eterno de la nacionalidad a la memoria del Libertador. (Fué declarado histórico por decreto N° 3.038 del 30 de enero de 1946).



NOGAL DE SALDÁN

ENTRE los muchos árboles en que perdura, por diversos motivos, el recuerdo del General San Martín, se destaca el Nogal situado sobre una barranca, a orilla del Arroyo Saldán, a unas cinco leguas de la Capital de Córdoba. Es un hermoso ejemplar tres veces centenario, a cuya sombra el Libertador conferenció con Paz y Guido sobre la guerra de la Independencia. (Fué declarado histórico por decreto N° 2.232 del 4 de junio de 1946).

LOS POETAS CANTAN AL ARBOL

HIMNO AL ARBOL

(Letra de D. Salvador Boucau y música del maestro Juan Serpentini).

ALCEMOS al viento la voz cristalina,
que ufana en las notas de nuestra canción,
repique alegrías, como una argentina
campana de plata que llama a la unción.

Que vayan vibrando las notas sonoras
por todo el espacio de luz y de sol,
y envuelvan al árbol cual nimbo de auroras
que tiñen sus hojas de suave arrebol.

Cantemos al árbol que es santo y es bueno,
que ataja la furia del loco aquilón
que templa la ardencia del sol en el pleno
brillar meridiano de su evolución.

Pongamos al pie de su copa la ofrenda
de nuestro cariño, de nuestro candor;
que toda la raza del Plata comprenda
el culto entusiasta de la hoja y la flor.

Que siga el ejemplo del niño argentino
el gaucho centauro y el rudo gañán,
y que orlen el borde de todo camino,
las ramas floridas que sombras nos dan.

Plantemos un árbol que crezca lózano
y suba hacia el cielo como una oración,
y Dios desde lo alto bendiga la mano
que ayuda al esfuerzo de su creación.

LOS ARBOLES DE ORO

LLORA en la lenta caída
De aquellas hojas doradas
Lo mejor de las pasadas
ilusiones de la vida.

El alma bella es, al par,
Generosa de su lloro.
Y el árbol se vuelve de oro
Cuando se va a deshojar.

LEOPOLDO LUGONES

(argentino)

EPITAFIO DE UN ARBOL

Como una copa de agua di la sombra
en verano. Mi savia capturaba
el oro de las tardes y la pálida
insistencia del río en la paloma.

Tan desatentas fueron las miradas,
que no alcanzó ni un hombre en este mundo
a enumerar mis hojas y mis cantos.
Mi ausencia ocupa ahora mucho espacio:
un vuelo de aves incessantes marca
el lugar donde faltó, que se agranda.

SILVINA OCAMPO

(argentina)

ROMANCE DE AUSENCIAS

ARBOLITOS de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,
pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.

Cantando fuí peregrino
por exóticas comarcas,
y ni en los pinos de Roma

ni en las encinas de Francia
hallé ese dulce misterio
que sazona la nostalgia.

Algarrobal de mi tierra,
cresco de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

Mística unción del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,

un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza,
un aromar de poleos.

Cuando el viento se levantá,
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,
cresco de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

¡Ay, cuándo volveré a verte,
rústico hogar de mi patria!

Ser quiero yo tu hijo pródigo
que torna a la vieja estancia,
por merendar tus colmenas
en tu quebracho enjambradas.

¡Ya en los manjares del mundo
probé las heces amargas!
¡Ya en la orgullosa melena
me van pintando las canas!

Arbolitos de mi tierra,
cresco de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

RICARDO ROJAS
(argentino)

QUERIA PLANTAR UN ARBOL

Hoy he tenido vergüenza
de mis inactivas manos.
Tremblorosas en el aire
mis manos pedían trabajo.

Tierra, una pala, una azada...
Quería plantar un árbol.

Abrir un hoyo profundo,
enterrar el débil tallo,
ponerle un firme tutor,
y dejarle bien regado.

¡Oh la tierra negra y húmeda!
¡Oh los rosados gusanos!
¡Oh mi gran balde de agua
con glotona sed chupado!

¿Dónde un pedazo de tierra?
Ancho de lozas el patio,
afuera, la dura calle...
¿En dónde plantar mi árbol?

Todo a lo largo del cuerpo
se me han caído los brazos,
y he escondido con vergüenza
en los bolsillos las manos.

B. FERNÁNDEZ MORENO
(argentino)

ALAMOS

ÁLAMOS, álamos, álamos,
sacerdotes pensativos;
álamos, álamos, álamos
del camino.

Alamos verdes y prietos,
altos, cónicos y rígidos;
álamos, álamos, álamos
del camino.

Alamos de oro otoñal;
álamos de ocres vestidos;
álamos, álamos, álamos
del camino.

Alamos secos, parduscos;
silenciosos, cabalísticos;
álamos junto a la nieve
del camino.

ALFREDO R. BUFANO
(argentino)

TRES ARBOLES

TRES árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños,
¡y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto!

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
Y mudos y ceñidos
nos halle el día en un montón de duelo.

GABRIELA MISTRAL
(chilena)

LAS ENCINAS

ENCINARES castellanos
en laderas y altozanos,
serrijones y colinas
 llenos de oscura maleza,
 encinas, pardas encinas:
 humildad y fortaleza!

Mientras que llenándoos va
 el hacha de calvijares,
 ¿nadie cantaros sabrá,
 encinares?

El roble es la guerra, el roble
 dice el valor y el coraje,
 rabia inmóvil
 en su torcido ramaje;
 y es más rudo
 que la encina, más nervudo,
 más altivo y más señor.

El alto roble parece
 que recalca y enmudece
 su robustez, como atleta
 que, erguido, afinca en el suelo.

El pino es el mar y el cielo
y la montaña: el planeta.
La palmera es el desierto,
el sol y la lejanía:
la sed; una fuente fría
soñada en el campo yerto.

Las hayas son la leyenda.
Alguien, en las viejas hayas,
leía una historia horrenda
de crímenes y batallas.
¿Quién ha visto sin temblar
un hayedo en un pinar?

Los chopos son la ribera,
liras de la primavera,
cerca del agua que fluye,
pasa y huye,
viva o lenta,
que se emboca turbulenta
o en remanso se dilata.
En su eterno escalofrío
copian del agua del río
las vivas ondas de plata.

De los parques las olmedas
son las buenas arboledas
que nos han visto jugar,
cuando eran nuestros cabellos
rubios y, con nieve en ellos,
nos han de ver meditar.

Tiene el manzano el olor
de su poma,
el eucalipto el aroma
de sus hojas, de su flor
el naranjo la fragancia;
y es del huerto
la elegancia
el ciprés oscuro y yerto.

¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciente
sin esbeltez ni altiveza
con tu vigor sin tormento
y tu humildad que es firmeza?

En tu copa ancha y redonda
nada brilla,
ni tu verdioscura fronda
ni tu flor verdiamarilla.

Nada es lindo ni arrogante
en tu porte, ni guerrero,
nada fiero
que aderece tu talante.
Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede

sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.

El campo mismo se hizo
árbol en ti, parda encina.
Ya bajo el sol que calcina
ya contra el hielo invernizo,
el bochorno y la borrasca,
el agosto y el enero,
los copos de la nevasca,
los hilos del aguacero,
siempre firme, siempre igual,
impasible, casta y buena,
¡oh tú, robusta y serena,
eterna encina rural
de los negros encinares
de la raya aragonesa
y las crestas militares
de la tierra pamplonesa;
encinas de Extremadura,
de Castilla, que hizo a España,
encinas de la llanura,
del cerro y de la montaña;
encinas del alto llano
que el joven Duero rodea,
y del Tajo que serpea
por el suelo toledano:
encinas de junto al mar
—en Santander—, encinar
que pones tu nota arisca

como un castellano ceño,
en Córdoba la morisca,
y tú, encinar madrileño,
bajo Guadarrama frío,
tan hermoso, tan sombrío,
con tu adustez castellana
corrigiendo
la vanidad y el atuendo
y la hetiquez cortesana!...
Ya sé, encinas
campesinas,
que os pintaron, con lebreles
elegantes y corceles,
los más egregios pinceles,
y os cantaron los poetas
augustales,
que os asordan escopetas
de cazadores reales;
mas sois el campo y el lar
y la sombra tutelar
de los buenos aldeanos
que visten parda estameña,
y que cortan vuestra leña
con sus manos.

ANTONIO MACHADO
(español)

LA CANCION DE LOS PINOS

¡OH pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
habéis sido mástil, proscenio, curul,
¡oh pinos solares, oh pinos de Italia,
bañados de gracia, de gloria, de azul!

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
en medio de brumas glaciales y en
montañas de ensueños, ¡oh pinos nocturnos,
oh pinos del norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
tendiendo a la dulce caricia del mar,
¡oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
oh pinos divinos, no os puedo olvidar!!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los piños,
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos;
por su aroma, aroma de una inmensa flor;
por su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento
de las epopeyas, amados del sol!
¡Oh líricos pinos del Renacimiento
y de los jardines del sueño español!

Los brazos eolios se mueven al paso
del aire violento que forma al pasar
ruidos de pluma, ruidos de raso,
ruidos de agua y espuma de mar.

¡Oh noche en que trajo tu mano, Destino,
aquella amargura que aun hoy es dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
y fuí consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino, será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
¡Yo soy el amante de ensueños y formas
que viene de lejos y va al porvenir!

RUBEN DARIO
(nicaragüense)

UN ROBLE EN LA LUISIANA

HE visto un roble que crecía en la Luisiana:
Erguíase enteramente solo y el musgo pendía de sus
[ramas.
Crecía allí, sin ningún compañero, desplegando sus hojas
[verde-oscuras.
Su aspecto de rudeza, de inflexibilidad, de vigor, me hizo
[pensar en mí mismo.
Pensé cómo podría despegar hojas tan alegres, a pesar
[de su soledad, sin tener un solo amigo.
(Yo sé que no podría imitarlo).
Discurriendo así, rompí una de sus ramas, conservando
[las hojas y el musgo que pendía de ella.
Luego, al alejarme, la llevé conmigo hasta mi alcoba,
[donde la coloqué en un lugar visible.
(No es que haya menester de su presencia para acordarme
de mis amigos: En estos últimos tiempos no hago más
que pensar en ellos).
Sin embargo, esta rama constituye para mí un símbolo
[precioso: me hace pensar en el amor viril.
A pesar de todo, y aunque este roble fructifica, allá en
[la Luisiana, completamente solo en un amplio espacio
[descubierto,

Proyectando año tras año sus alegres hojas, sin tener jun-
to a él un amigo, un tierno camarada,
Comprendo y reconozco que no podría imitarlo.

Traducción de Armando Vasseur (uruguayo).

WALT WHITTMAN
(norteamericano)

LA HIGUERA

PORQUE es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado,
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
—Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo, le cuente:
—Hoy a mí me dijeron hermosa.

JUANA DE IBARBOUROU
(uruguaya)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE URUGUAY

ESTE FOLLETO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319,
EL DÍA 22 DE ABRIL DE 1960

Edición Oficial. Distribución gratuita
Adhesión al Sesquicentenario de la Revolución de Mayo